

9. Éxito en la Educación

POR tres años los prometedores jóvenes a quienes Nabucodonosor, rey de Babilonia, seleccionó para ser entrenados con el fin de ocupar puestos de responsabilidad, estudiaron para adquirir...

«el conocimiento y la lengua de los caldeos» (Daniel 1:4).

«Al cabo de los días [establecidos para presentarlos]... el príncipe de los eunucos los trajo ante Nabucodonosor» (Daniel 1:18).

«Y el rey habló con ellos; y entre todos ellos no se halló ninguno como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; por tanto, estuvieron delante del rey» (Daniel 1:19).

El verdadero éxito en cualquier ámbito no es el resultado del azar, del accidente o del destino; es la manifestación de la providencia de Dios, la recompensa de la fe y la discreción, de la virtud y del trabajo perseverante. Al adquirir la sabiduría de los babilonios, Daniel y sus tres compañeros tuvieron mucho más éxito que sus condiscípulos, pero su aprendizaje no fue por casualidad; obtuvieron conocimiento mediante el uso fiel de sus facultades, bajo la guía del Espíritu Santo.

Estos jóvenes se conectaron con la Fuente de toda sabiduría. Hicieron del conocimiento de Dios el fundamento de su educación. Otros jóvenes tuvieron las mismas ventajas, pero no, como los fieles jóvenes hebreos, emplearon todas sus energías para buscar la sabiduría —el conocimiento de Dios tal como se revela en su palabra y sus obras—. No se unieron a estos jóvenes en la búsqueda de la porción del Antiguo Testamento entonces escrita, y en hacer de la palabra de Dios su más alta instructora.

Con fe, los cautivos hebreos oraron por sabiduría y luego vivieron sus propias oraciones. Con este fin, evitaron todo lo que pudiera debilitar el poder físico o mental. Al mismo tiempo, aprovecharon cada oportunidad que se les dio para ser inteligentes en todas las ramas del saber. Buscaron adquirir conocimiento con un propósito: honrar y glorificar a Dios. Se dieron cuenta de que, para presentarse como representantes de la verdadera religión en medio de las falsas religiones del

paganismo, debían tener claridad de intelecto y perfeccionar un carácter cristiano.

Estos jóvenes se propusieron asegurar una educación equilibrada. Se hicieron expertos tanto en el conocimiento secular como en el religioso; pero estudiaron ciencia sin corromperse. Mientras obtenían conocimiento de las ciencias, estudiaban también la ciencia más elevada que los mortales pueden estudiar: la ciencia de la salvación.

Recibieron luz directamente del trono del cielo. El Señor mismo fue su educador. Los eslabones de oro de la cadena del cielo conectaron lo finito con lo Infinito. Orando constantemente, estudiando a conciencia, manteniéndose en contacto con lo Invisible, caminaron con Dios, como lo hizo Enoc.

La historia de Daniel y sus compañeros contiene una lección para nosotros. La inspiración declara que:

«El temor del Señor es el principio de la sabiduría» (Salmo 111:10; Proverbios 9:10).

El principio religioso es el fundamento de la más alta educación. Si nuestros jóvenes se equilibran solo con principios, podrán mejorar con seguridad sus facultades mentales hasta el más alto grado, y podrán llevar todos sus logros a la vida futura. Hay muchos que podrían llegar a ser hombres poderosos si, como estos fieles hebreos, aprendieran de Cristo, el más grande Maestro del mundo.

No impediríamos que los jóvenes obtuvieran conocimiento en literatura, ciencia y arte; pero sí quisiéramos grabar en la mente de todos la necesidad de obtener primero un conocimiento de Dios y de su voluntad, para que la influencia de su Espíritu pueda dirigir cada avance en las líneas educativas.

Daniel se colocó en el canal de la luz celestial, donde podía comunicarse con Dios en oración. Dios coopera con los agentes humanos que se colocan en este canal. Una luz creciente brilla constantemente desde el cielo sobre aquellos que buscan la sabiduría divina. Aquellos que no eligen colocarse en este canal sufren una pérdida terrible. Los estudiantes que exaltan las ciencias por encima del Dios de la ciencia serán ignorantes cuando se crean sabios.

Jóvenes, señoritas, si no pueden dedicar tiempo a orar, si no pueden dedicar tiempo a la comunión con Dios, al autoexamen, y no aprecian la sabiduría que proviene solo de Dios, todo su aprendizaje será defectuoso y su educación resultará un obstáculo en lugar de una ventaja.

La lección que los jóvenes de hoy más necesitan aprender es la importancia de buscar de todo corazón conocer a Dios y obedecerle implícitamente. La ciencia de la salvación del alma humana es la primera lección de la vida. Toda línea de conocimiento literario o científico debe ser secundaria a esta. Conocer a Dios y a Jesucristo a quien Él ha enviado es vida eterna.

«Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17:3).